

EL CORREO ESPAÑOL

DIARIO TRADICIONALISTA

AÑO VII	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN Madrid, 1,50 ptas. al mes.—Provincias, 6 ptas. trimestre, 12 semestre y 20 al año; por correspondencia, 24.—Extranjero, 10 ptas. trimestre; 35 al año.—Cuba y Puerto Rico, 5 pesos semestre.—Filipinas y demás países de la Unión Postal, 6 pesos semestre.—Pago adelantado. No se admiten sellos. Número suelto, 10 céntimos de peseta.	NÚMERO EXTRAORDINARIO Madrid 6 de Enero de 1894.	PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN En la Administración del periódico, calle de la Concepción Jerónima, números 13 y 17, principal izquierda; en las principales librerías de la capital y de provincias, y en casa de nuestros correspondientes. Apartado de Correos número 180. Teléfono núm. 294.	NÚM. 1.598
---------	------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------------------------------------------------------	---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	------------

FESTIVIDAD DE LOS SANTOS REYES



Don Carlos de Borbón.

R. 7835

R. 7223



En la fiesta tradicional y cristiana de los Santos Reyes, á nadie mejor que á Vos, Señor, que sois Rey tradicional y cristiano, puede volver sus ojos la triste España, huérfana de su grandeza, de su tradición y de su derecho.

Los homenajes de España, la ofrenda de su amor, el testimonio de sus aspiraciones incesantes hacia esa bendita Monarquía por Vos representada, eso es lo que significa la entusiasta felicitación que EL CORREO ESPAÑOL os dirige, eso lo que envía en las páginas que hoy os consagra, pidiendo fervorosamente al cielo que así como los Reyes fundaron y engrandecieron la nación española, vuelvan pronto los Reyes á redimirla.

La Monarquía cristiana y Carlos VII



ALGUNAS veces, por extraño prodigio en la Historia, suelen juntarse de tan íntima manera las instituciones y los hombres que las personifican, que se necesita aplicar con ahínco toda la fuerza abstractiva de la mente para poder diferenciarlos, y aun entonces la dura labor reflexiva no logra cortar la estre-

siempre juntas como una virtud sirviendo de pedestal á un derecho; unida con sangre divina en el Calvario y orlada con diadema de espinas, símbolo de las asperezas del deber que recuerda á los reyes que la suprema investidura del mando antes es carga que galardón, creció embellecida con la palma del martirio bajo la tiara de los Pontífices y abrazada con el dolor en las Catacumbas y con la gloria en el circo, vió centellear en los cielos su enseña y su blasón en la Cruz de Constantino; bajó reverente la cabeza con Teodosio ante las amonestaciones del Obispo de Milán, y cuando Roma fué despedazada por el hacha de los bárbaros y aventadas sus cenizas por todos los dominios de su imperio, y á la voz divina cesaron las tempestades y se serenaron los horizontes, y la historia, al amparo de la Iglesia, volvió á empezar con una nueva creación y todas las instituciones se renovaron, bañándose en el Jordán de la gracia, en la frente de un rey español, el suevo Requiario, limpia de la mancha del pecado y la barbarie por las aguas bautismales, apareció otra vez antes que en las sienas de Clodoveo la corona de los monarcas cristianos, brillantada más tarde por Carlomagno y por Alfredo, sublimada por Pelayo y Alfonso el Grande, orlada con laureles inmortales por Sancho el Fuerte, Pedro III y D. Jaime, llegada á la plenitud de sus esplendores al convertirse en ese siglo caballeresco el más espiritual de los siglos cristianos en aureola de Santos como en Isabel de Hungría, Luis de Francia y Fernando de Castilla; y aunque las escorias paganas la cubran en muchos puntos, trocando las diademas de la autoridad en argollas de servidumbre, todavía al despuntar la edad moderna aparece radiante como una alborada en los Reyes Católicos, y en Carlos I y Felipe II luchando con protestantes y turcos de tal manera se ensancha el círculo que ella abarca, que el sol mismo no puede mandar sus rayos á la tierra sin hacerlos pasar antes por el aro de aquella corona que pareció un momento el ecuador del planeta; y con eclipses ó fulgores arrojada en el cesto de la guillotina con la cabeza de Luis XVI, rodando ensangrentada entre las piedras de las barricadas, ó ametrallada por los cañones en días de proxiismo y de locura, será siempre, como decía Saavedra Fajardo, «esfera de la majestad y centro de la justicia», y único emblema de la autoridad que pueden llevar en la cabeza del Estado los pueblos verdaderamente libres.



D. Jaime de Borbón.

cha relación que los aduna, porque el vínculo entre el principio y el símbolo fulgura ante los ojos del espíritu como un rayo de luz que atraviesa dos nubes suspensas en el mismo cielo y bajo los resplandores del mismo sol. La institución descendiende de las alturas de lo ideal y toma cuerpo en la realidad, reflejando el hombre su grandeza y adquiriendo el principio, la majestad y el relieve del ser que la concentra.

¡Conjunción feliz entre lo que permanece y lo que pasa, sombra pálida y oscilante de aquella unión hipostática del Verbo Divino y la naturaleza humana, pero al fin penumbra celeste del que junta en sí lo finito y lo infinito, siendo como el centro de la creación y de la Historia y el eterno arquetipo de todas las armonías!

La Monarquía cristiana, nacida de un acto de adoración en el portal de Belén al Rey de los reyes, postrado en trono de miserias peñas para que la humildad y la autoridad marchasen

acero, para que no se quiebre al luchar cuerpo á cuerpo con la revolución, se han dado cita todas las grandezas de la naturaleza y del alma y todas las tristezas del corazón y los odios sañudos de las pasiones adversas irritadas.

Cuéntase en los poemas caballerescos que un príncipe de heroicos alientos, teniendo que pelear con un gigante que tiranizaba á las gentes de su pueblo, y no pudiendo vencerle más que con la espada de su padre, sepultado con ella debajo de una montaña, horadó la mole de rocas, y separando con esfuerzo hercúleo las losas del sepulcro, despertó al rey muerto del sueño perdurable, y recibiendo de sus manos el acero siempre victorioso, dió muerte al adversario en reñida contienda y libertó de servidumbres á su reino. Carlos VII, sabiendo que á la revolución, que es la mentira, sólo se la vence con la verdad, ha penetrado en el panteón de los siglos de nuestra historia, y separando las escorias que el absolutismo cesarista y el parlamentario han arrojado sobre el Altar y el Trono, pilares de la patria común, ha logrado alzar la losa funeraria y recoger en sus manos, limpia de herrumbres é impurezas, la antigua corona real para mostrarla á los pueblos como el símbolo de la autoridad que no oprime y de la libertad que no se revela, seguro de que en ella se mellarán las espadas de la revolución y que saldrá radiante de esa prueba caldaria y de la dinamita anarquista, en que perecerán todas las obras que no están rematadas por la Cruz.

Y Carlos VII en todos sus Manifiestos habla un lenguaje más claro y preciso que Carlos V y el Conde de Montemolín, porque aquellos dos Reyes, muertos en el destierro por amar la justicia y aborrecer la iniquidad, se dirigían á una sociedad que presenciaba el comienzo y el desarrollo de un sistema funesto que aun no había producido todos los frutos de muerte, y su obra tenía que ser más de protesta negativa contra lo que se alzaba que de afirmación precisa de lo

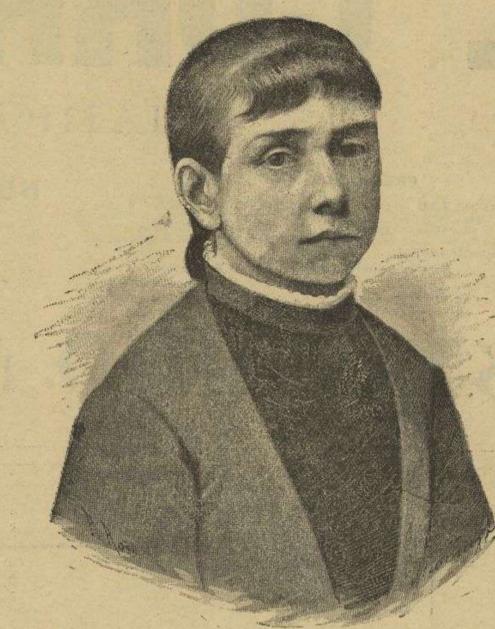
que cuya fronda opulenta renuevan la fuerza quebrantada y la salud marchita las víctimas que logran sobrevivir después del simoun y la tormenta.

Es verdad que la Monarquía tiene, como todas las instituciones, Judas que la venden por los treinta dineros de una lista civil, y que no ha desaparecido la especie de los Julianos, y abunda, por desgracia, bajo emblemas heráldicos de realezas falsas, el tipo del pretor de Judea, que inclina la balanza de la justicia del lado de Barrabás por halagar al rey turba; pero sobre los reyes que claudican, cambiando el cetro de la soberanía cristiana por el bastón de agentes de policía revolucionaria, se alzan siempre esas nobles figuras, imágenes vivas del honor, caballeros sin tacha, que en días aciagos no desmayan, que en las horas tristes están tranquilos, y entre las catástrofes permanecen inmutables y serenos. Ellos son el enlace entre la institución que no muere y el amor que no se extingue, y por eso en las naciones postradas y decadentes aparecen en la historia como esas pirámides de tierra que se dejan en los desmontes para que se pueda apreciar lo que ha descendido el terreno y lo que ha bajado el nivel.

Carlos VII es el prototipo de esa raza de hombres que tienen un nivel moral mucho más alto que su siglo. La fe religiosa más ardiente, el amor á la patria llevado hasta el delirio, la veneración más rendida á las grandes instituciones de los grandes siglos, la admiración inteligente y sincera de todos los esplendores de la ciencia, la industria y las artes de los tiempos modernos; el conocimiento de los pueblos del viejo y nuevo continente, aprendido en la historia y en el estudio incesante de viajes, sabiamente combinados para que muestren la realidad de la vida social por todos sus aspectos; los espectáculos más sorprendentes de la naturaleza y los ejemplos de heroísmo y grandeza moral más altos de este siglo; el fragor de las batallas, la vida agitada del soldado y las más tiernas intimidades del hogar; odios inextinguibles y amores delirantes, ingratitudes sin nombre y lealtades sin medida, expatriaciones, destierros y aclamaciones frenéticas de millares de soldados; la vida humana por todos sus aspectos, con todas sus sombras y todas sus claridades, han pasado alrededor de esa figura, delineando los contornos del primer caballero del mundo, no sólo por la alcurnia de sus blasones y la progenie ilustre de su raza, sino por aquellas excelsas cualidades que la mano de Dios y los hechos de la historia han ido derramando sobre un hombre que puede decir que para forjar su carácter y darle temple de



Doña Blanca de Borbón.



Doña Beatriz de Borbón.

que había de levantarse, pues no habiendo recorrido toda su escala el error y el mal, ni se sabía lo que la inundación dejaría por anegar, ni se conocían todas las instituciones que habían de salir purificadas de la contrapuerta de los incendios revolucionarios.

Ahora, cuando el ciclo revolucionario se ha cerrado en los dominios de la inteligencia con el retroceso á las últimas negaciones del paganismo, y está próximo á cerrarse en las realidades de la vida con el derrumbamiento de la sociedad herrocada de los sillares graníticos en que la había cimentado la Iglesia, al terrible empuje del ejército del desorden, puede el Rey cristiano desplegar á los vientos la gloriosa bandera de los antiguos días y presentarla á los pueblos como el emblema de sus esperanzas y el paldium de sus libertades.

Si, de sus libertades, que después de un siglo de revoluciones hechas en nombre de la libertad, ésta es cautiva que gime pidiendo aire y luz en las mazmorras del derecho nuevo. El Estado ateo es el tirano que todo lo avasalla, levantándose como una montaña de plomo sobre los organismos sociales dislocados y las espaldas de una manada de siervos. Fuera de la libertad de la blasfemia y la de crucificar de nuevo á Jesucristo, la revolución en todas sus formas y en todos sus partidos no ha traído al mundo más que la restauración de la esclavitud gentilica. Clases enteras sufren en las galerías de las minas y de las fábricas las torturas de la afrentosa servidumbre, y después de diez y nueve siglos de Cristianismo, los talleres que han renegado del eterno modelo de Nazaret son mercados donde los más fuertes comercian con los más débiles, trocando en una mercancía lo que antes era persona rescatada con el sangre de un Dios, y ahora, á fuerza de libertad revolucionaria, ha vuelto á ser cosa.

Por eso Carlos VII habla á la sociedad moderna un lenguaje que hasta ahora no había ésta comprendido, porque el odio sectario y la ignorancia criminal que le sirve de compañera inseparable le habla desfigurado, falsificándole para poder combatirle. La fórmula constante de su pensamiento precisamente se resume en la apuesta que sus contrarios le atribuyen: odio al absolutismo y amor á la libertad. Es decir, guerra al Estado centralizador y socialista que usurpa las atribuciones de todas las entidades sociales, concentrándolas en su voluntad despótica para considerarse á sí mismo como la única verdadera persona social que existe por propio derecho, mientras las otras, comenzando por la familia y acabando por la Iglesia, viven por concepción ó tolerancia, y amor entusiasta á todas las justas libertades que, como las civiles, enaltecen al hombre, reconociendo sus fueros imprescriptibles, como las públicas garantizan contra los abusos del poder esos derechos, y como las políticas le hacen participar, sin arrogarse la soberanía, del ejercicio de sus funciones.

De aquí que Carlos VII pueda compendiar los principios de su política en esta fórmula, que es el resumen de todos sus Manifiestos y la esencia de la Monarquía española cristiana en su esencia y federal en su forma: Manumisión de los esclavos, y emancipación de los siervos hechos por el liberalismo en nombre de la libertad, devolviendo á todos los miembros y personas sociales los derechos que el Estado moderno les usurpa y que el poder cristiano tiene obligación de reconocer y secundar.

Á la Iglesia, las libertades que las regalías le usurpan; á la familia y sus prolongaciones la escuela y la Universidad, el derecho á enseñar que el Estado docente monopoliza y absorbe; al Municipio, la franquicia de administrar con independencia sus intereses, hoy gestionados bajo la inspección y dominio del poder central; á la región, sus derechos de conservar y perfeccionar

la propia legislación civil, lengua y literatura, y á dirimir los peculiares litigios sin dependencias burocráticas; á las clases sociales, empezando por la agricultura, el comercio y la industria, siguiendo por las Corporaciones científicas y acabando por la aristocracia y el clero, el derecho á nombrar sus especiales procuradores y ligarlos á su voluntad con mandato imperativo, declarando incompatible su cargo con toda suerte de empleos y honores; á las Cortes, espejo de la sociedad y compendio de las fuerzas nacionales, la facultad de exigir como condición indispensable su consentimiento para establecer impuestos nuevos y variar leyes fundamentales; al Consejo Real, las prerrogativas, disueltas en interminable serie de oficinas burocráticas, para todos los asuntos generales en que el monarca necesite su concurso; al rey, el ejercicio libre de las facultades que ahora usurpa la oligarquía del Gabinete por el referendo ministerial, y, finalmente, á la nación entera, el derecho á ser libre bajo un soberano esclavo del deber y súbdito de Cristo.

Á cada derecho hollado y á cada necesidad sentida por la sociedad española corresponde una parte de ese programa. Y ahora que la nación se arrastra en el lecho de su miseria, viendo los horizontes empañados por nubes siniestras y ante la pesadumbre de un Ejército, al que se niega el derecho á la gloria, en vano será que la voz apagada de los sofistas y los explotadores de la masa servil traten de oscurecer los entendimientos y torcer las voluntades, porque los hechos usan de la palabra con tanta elocuencia, que los ojos se abren á la luz y los brazos se levantan al cielo para darle gracias porque en medio de las terribles desventuras que nos aquejan aun hay una patria que salvar y un hombre que puede salvarla.

El odio y la calumnia, celebrando esponsales con la ignorancia, se han juntado para arrojar ira y lodo á esa noble figura del destierro que comparte con el Vicario de Cristo la saña de las sectas y el respeto y el amor de los que rinden homenaje á la majestad del derecho y á la grandeza del infortunio. ¡No importa! Por encima de la gritería de los partidos que se reparten el botín, y de los clamores de las sectas que aclaman á Barrabás y piden la muerte del Justo, se destaca la figura del gran Rey que no vacila, porque se apoya en la Cruz, y que el día de la catástrofe de los suyos, al despedirse de la legión tebana de los tiempos modernos que traspone con él la frontera de la patria, no desmaya, y revelando toda la constancia viril de nuestra raza, consuela á los héroes que lloran con esta frase profética que es ella sola una epopeya: ¡Volveré!

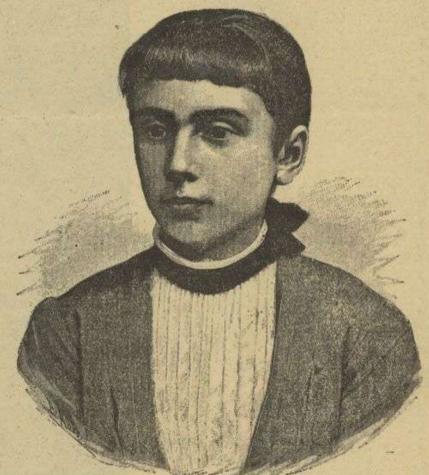
No, no; Dios ha querido, sin duda, premiar al gran caballero de la edad contemporánea, y por eso, á despecho de las iras y la ceguedad de los partidos liberales, no necesita él volver á España; es España la que vuelve á Carlos VII, empujada por esos partidos, próximos á deshonrarla después de haberla saqueado.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA.

D. Jaime de Borbón

Es un príncipe de antaño vestido á la moderna.

La solidez de sus principios religiosos, inculcados por aquella piadosísima Señora á quien todos lloramos, han hecho de él un perfecto cristiano. Sus propias inclinaciones y el ejemplo que continuamente ve en su augusto Padre le han formado cumplido caballero.



Doña Alicia de Borbón.

Resulta, pues, un caballero cristiano, y en este sentido bien se puede afirmar que es D. Jaime un Príncipe de aquellas edades en las que se peleaba por el triunfo de la Cruz y con la Cruz de la espada.



Doña Elvira de Borbón.



D. Alfonso de Borbón.

Pero D. Jaime es de los hombres que conocen a su siglo y sabe que en el desdichado que atravesamos no bastan los grandes sentimientos de honradez y valor que en él predominan, ni es sólo la ciencia de las armas suficiente para gobernar un pueblo, y D. Jaime, que está penetrado de sus deberes y no olvida ni un momento el pacto de sangre con que está ligado á los destinos de esta en otros tiempos gloriosísima nación española, no ha omitido en su educación medio alguno para continuar la obra regeneradora, que, con la ayuda divina, recibirá en su día como legado de honor y de derecho.

Los que hemos seguido sus estudios paso á paso le hemos visto obtener las mejores notas en los diferentes colegios donde cursó humanidades; y el hecho de haberlas alcanzado en Francia, Inglaterra é Italia, como el de su brillante carrera militar terminada en Austria, nos lo presentan como poseedor de cuatro idiomas, á más del latín y el griego, que traduce con rara perfección, y del castellano, que por usarlo habitualmente habla con la mayor corrección y sin el más ligero acento extraño.

D. Jaime es artista; pero el arte no constituye en él una segunda naturaleza, ni cree que un Príncipe puede vivir solamente para el arte.

á D. Jaime de otros príncipes educados menos virilmente; pero creo que con lo dicho basta para formarse una idea de cómo es el Príncipe á quien los carlistas elevamos hoy un respetuoso saludo, y que estará á estas horas rogando á Dios por el bien de nuestra querida patria y preparándose para defenderla el día no muy lejano en que el pueblo despierte de su letargo y se convenza de que para acabar con las afrentas es necesario acabar con los afrentadores.

EUSEBIO A. ZUVIZARRETA.

S. A. I. y R. la Archiduquesa Doña Blanca

PARA escribir un pensamiento sobre la Infanta Archiduquesa, puesta por sus egregios padres bajo la advocación de Nuestra Señora la Blanca, Patrona de la noble y leal tierra de Alava, no cedo el puesto, hoy que la gran comunión carlista quiere presentarla un recuerdo y un homenaje.

«Tu figura es semejante á la palma» (1), decía

el arte de la guerra, y termina con anécdotas y chascarrillos que cuenta con singular ingenio y peculiar gracejo. Espléndido y generoso como todos los de su raza, español en sus aficiones y más español aún en su carácter y en su corazón, gallardo de figura y tan valiente como gallardo, forma un conjunto simpático que, al justificar las esperanzas de su egregio Padre, llena de entusiasmo á cuantos tienen la honra de conocerle, y ven en él el primer súbdito del Rey, el primer general de sus ejércitos y el más fiel guardador de las costumbres y de las tradiciones patrias.

Si la índole de estas líneas lo permitiera, me extendería un poco más para bosquejar los grandes rasgos morales que distinguen á D. Jaime de otros príncipes educados menos virilmente; pero creo que con lo dicho basta para formarse una idea de cómo es el Príncipe á quien los carlistas elevamos hoy un respetuoso saludo, y que estará á estas horas rogando á Dios por el bien de nuestra querida patria y preparándose para defenderla el día no muy lejano en que el pueblo despierte de su letargo y se convenza de que para acabar con las afrentas es necesario acabar con los afrentadores.

era nuestra amada Infanta Doña Blanca. Hoy, esposa y madre, valdrá seguramente tanto como cuando hija. Algunos han de creer que la hemos perdido; pero ella, comprendiendo y cumpliendo todos sus nuevos deberes, sabrá guardar, allá en el fondo, un ansia, la de toda su vida: España.

EL CONDE DE CASASOLA.

Nuestras Infantas

PARADA hoy la Archiduquesa Blanca de nuestra Familia Real, quedan para consolar á Carlos VII en el hogar del destierro, amargado por la muerte de Doña Margarita, tres Infantas herederas de las virtudes de su angelical madre, parecidas á su augusto padre en el amor á España, y cuyo candor es bello ornamento de la morada del Sr. Duque de Madrid y consuelo de sus largos días de tristeza.

La mayor de ellas es Doña Elvira. Nació en Ginebra en aquel período de afares y de esperanzas para la causa carlista, el 28 de Julio de 1871, viniendo á compensar con un rayo de alegría los continuos sinsabores que experimentaban entonces sus augustos padres, en aquel impropio trabajo de las conspiraciones, que ora acercaban, ora alejaban la corona de las sienas del nieto de Carlos V.

Doña Elvira cuenta hoy, por consiguiente, veintidós años, uno menos que el príncipe Don Jaime. Los condes de Chambord la apadrinaron en su bautizo, imponiéndosele los nombres de Elvira, María, Teresa, Enriqueta, etc.

La educación de Doña Elvira ha sido, como no podía menos de esperarse, esmeradísima, en los conventos del Sagrado Corazón de Pau, París, Florencia y Viena.

Hoy al lado de su padre es modelo de princesas, y posee todas las prendas que pueden caracterizar á un vástago de la Familia Real y á una dama española.

Celebra sus días el 25 de Enero.

Tres años después que Doña Elvira, y en plena guerra civil, nació la Infanta Doña Beatriz en Pau (Francia) el día 21 de Marzo. Pujantes entonces las armas carlistas, el nacimiento de Doña Beatriz vino á abrillantar el horizonte de felicidad que sonreía á Carlos VII.

Bautizóse Doña Beatriz, recibiendo los nombres de María Beatriz Teresa y Carlota, y tuvo por padrinos á sus abuelos maternos D. Carlos Luis y Doña María Teresa, Duques de Parma.

Doña Beatriz se ha formado al lado de su madre, completando su educación en el Convento de Damas Salesianas de Zanberg (Baviera). Como su hermana Doña Elvira, hallase adornada de cuantos conocimientos son propios de su sexo, haciendo labores primorosas y ostentando siempre, como su augusta madre, amor al trabajo y á la práctica de las virtudes cristianas que tanto

de acompaña constantemente á sus hermanas y á su padre.

De Doña Alicia escribía hace pocos años un español residente en Roma:

«Simpática por su carácter, la Infanta se hace doblemente estimable á cuantos la tratan, por sus bellísimas cualidades, entre las que resaltan una cordura impropia de su edad y una encantadora modestia; como muestra de la instrucción que ha alcanzado, á pesar de sus pocos años, sólo diré que he oído á la Infanta hablar correctamente el español, el francés y el italiano.»

Los días de Doña Alicia son el 16 de Diciembre.

Tales son nuestras Infantas, encanto de la Familia Real y esperanza de mejores días para su augusto padre y para España, á la que aman con delirio.

Buena prueba es la noticia que ha corrido estos días la prensa anunciando que nuestras Infantas habían manifestado deseos de acudir á Melilla de riguroso incógnito y como Hermanas de la Caridad para auxiliar á los heridos.

¡Sublime rasgo que recuerda la tradición de su santa madre!

E.

D. ALFONSO DE BORBÓN

Y AUSTRIA DE ESTE

ENTRE las brumas de Londres, y cuando Europa sentía aún los estremecimientos de aquella revolución que derribó la dinastía de Felipe

Igualdad y llevó sus oleadas de ira hasta el augusto recinto del Vaticano, abría sus ojos á la luz de la vida, el 12 de Septiembre de 1849, el que con el rodar de los tiempos tantas veces había de blandir su espada por la causa esplendorosa de la justicia contra una libertad fermentada y una democracia engendradora de crímenes que hacen temblar á la sociedad.

Recibió en la pila bautismal los nombres de Alfonso, Carlos, Fernando, Juan, José, y fueron sus padrinos Carlos VI y la esposa del Conde de Chambord, el egregio depositario de las glorias legitimistas y tradicionales de la Francia de Luis XIV.

Los primeros años de su vida los pasó el Infante Don Alfonso en Módena, trasladándose á Austria en 1859.

Cuando apenas contaba diez y ocho de edad, y después de una visita hecha á los Santos Lugares en compañía de su tío el Duque de Módena, se dirigió directamente á Roma para alistarse entre los heroicos soldados de Su Santidad Pío IX, comenzando el 29 de Junio de 1868 á prestar servicio como soldado raso en el Cuerpo de zuavos pontificios, pues su excesiva modestia no le permitió admitir el empleo de oficial con que aquel venerable Jefe de la Cristiandad quiso agraciarle.

Obediente á las órdenes de sus superiores, cariñoso con sus compañeros, dispuesto en todo momento á cumplir las inflexibles reglas de la vida militar, el joven Infante se distinguió bien pronto por su exactitud en el servicio, alcanzando los galones de cabo, y no mucho después los de sargento.

En la primavera de 1869 obtenía el nombramiento de alférez, con el cual asistió á la triste memoria memorable jornada del 20 de Septiembre de 1870.

Setenta mil soldados sardos con poderosa artillería se presentaron delante de Roma para alzar sobre una iniquidad la unidad civil y política de Italia. El recuerdo de Solferino y de Magenta no fué bastante á detener el brazo de un pueblo ingrato. Pesaba más que el reconocimiento á la Francia, que batallaba once años junto al ejército de Víctor Manuel, el rencor de Mentana y el odio á instituciones seculares sancionadas por la tradición y legalizadas por el derecho.

No hubo en realidad lucha, porque el corazón magnánimo de Pío IX rechazaba el odio; era demasiado grande para un sentimiento tan pequeño.

Sólo en la Puerta Pia, y por una orden mal interpretada del Romano Pontífice, dos compañías de zuavos, entre las cuales se encontraba el Infante D. Alfonso, contuvieron durante un buen rato al ejército italiano. Ni los proyectiles de la artillería que estallaban con horriblo estruendo, ni la brecha que habían conseguido abrir intimidaban á los defensores de aquel puesto de honor, y sin una segunda orden terminante de Pío IX para que cesara el derramamiento de sangre, ó las tropas de Italia no hubieran conseguido escalar la Puerta Pia, ó lo hubieran hecho pasando por encima de los cadáveres zuavos y pisando escombros.

Prisioneras las dos compañías que tan denodadamente habían defendido la Ciudad Eterna contra las numerosas fuerzas italianas, Don Alfonso se negó á entregar su espada y su revólver, consiguiendo salvar ambas prendas, una de las



Doña Maria de las Nieves de Braganza, esposa de D. Alfonso de Borbón.

con que el jefe superior de las fuerzas carlistas de Cataluña supo conducirse durante aquel período que finaliza en la primavera de 1873.

Nombrado más tarde general en jefe del Ejército Real del Centro y Cataluña después de haber asistido con su esposa á la batalla de Montejurra, librada el 5 de Noviembre del expresado año, nuevos hechos de armas vinieron á consolidar la reputación militar del Infante D. Alfonso. Díganlo si no Gandesa, Alcora, Cuenca, Alcañiz y Adzaneta. En 1874, obtenido también el mando de las provincias de Guadalajara y Cuenca, preparó la expedición de Lozano á las provincias del Mediodía, la cual, de haber podido continuar D. Alfonso en aquel Ejército, habría determinado indudablemente el triunfo de la causa legítima.

La expedición de Villalán hasta Aranjuez, la



D. Carlos María Isidro de Borbón.



La pintura, la música, la poesía le gustan; pero las toma sólo como un esparcimiento del ánimo, como una honesta distracción del espíritu.

Su diversión favorita es la caza, su descanso... la equitación. Hijo de padres sanos y vigorosos, ha heredado una complexión robusta que le permite impunemente dedicarse á toda clase de ejercicios corporales, y su naturaleza infatigable hace que cuando los que le acompañan en alguna de sus expediciones vuelven rendidos y fatigados, él todavía se siente con ánimos para montar á caballo y recorrer durante horas y horas los preciosos parques de la Tenuta ó los fértiles alrededores de Viareggio.

Afable y cariñoso con todo el mundo, lo es muy particularmente con los españoles, á quienes no abandona más que cuando los deberes de cortesía le obligan á honrar con un rato de conversación á algún huésped extranjero (que así se llaman allí á los que no son de España).

Su mayor gusto es rodearse después de cenar de algunos de sus servidores, entre quienes se entrega (sin dejar de ser Príncipe ni un solo momento) á la más cordial de las expansiones. Estás agradabilísimas veladas empiezan generalmente por conversaciones relacionadas con

el hijo de David; y esto podemos decir los carlistas de nuestra Infanta Doña Blanca, que no es solamente la gallardía del cuerpo, sino también las cualidades del ánimo, las comprendidas en la palma, símbolo de la justicia. Luego en viéndola descubre nuestra Princesa su natural armonía entre la gentileza reposada de su figura y el entusiasmo vehemente de su espíritu. ¿Sabéis lo que animaba su graciosa placidez natural cuando hija? Una palabra: España; un sentimiento: el Pilar de Zaragoza; un pensamiento: su madre ejemplar; un propósito: socorrer á españoles; un Santo: el Apóstol Santiago; una idea: respirar en suelo español. Lá luz de Sevilla, el mar de Valencia, el sol de Castilla, la catedral de León, la cueva de Asturias, la fe de Vasconia, la industria catalana, la lealtad navarra, el trabajo gallego, la huerta de Murcia, todo lo encomiaba, todo lo ponderaba, todo lo envidiaba; todo lo encerraba en una mirada fija, ansiosa, inmensa (yo lo he visto); miraba á su padre personificación de la patria. ¿Comprendéis el poder de esta inmensa mirada encerrada sólo á España, cuando siendo española es capaz de encerrar mundos en sus miradas? Pues esta

realizan á una Princesa, hija de un Rey, por antonomasia católico.

Su conversación es amena é instructiva, y cuantos han tenido el alto honor de tratarla encomian como se merece su bondad nativa, su discreción y hermosos sentimientos.

Su santo es, como el de su augusta abuela, el 10 de Mayo.

La más joven de nuestras Infantas es Doña Alicia.

En Pau, como Doña Elvira, nació Doña María Alicia Ildelfonsa y Margarita de Borbón, el día 29 de Junio de 1876, poco después de abandonar las armas el heroico ejército carlista.

Fueron padrinos de la recién nacida el Infante D. Alfonso, hermano de D. Carlos, y la gran Duquesa de Toscana, hermana de Doña Margarita.

Los primeros años de su educación corrieron al lado de su madre, hasta que, trasladada la Familia Real á Italia, entró en un colegio de Florencia á recibir la instrucción religiosa y literaria que con tanto celo ha cuidado siempre D. Carlos recibiesen sus hijos.

Completada su educación y muerta Doña Margarita, Doña Alicia se restituyó á su hogar, don-

(1) Cant., VII, v. 7.

